

# El olor del despertar

por Care Santos

Cinco por el día que nació su hijo, doce por los años que hacía, veintidós por su número de la calle, treinta y tres porque a su manera era muy creyente, cuarenta por los años que confesaba y cuarenta y nueve por los millones que le iban a tocar. Lulú jugaba a la lotería todas las semanas con seguridad de buena profesional. Cuando no le tocaba decía, muy seria: «Sólo ganan los que saben perder». Y cuando sacaba un tres y recuperaba algún dinero anunciaba, solemne: «Ya estoy mucho más cerca».

Por las tardes, cuando solía estar ocupada, me pedía que cuidase de Mariafernanda. Lulú ya casi nunca trabajaba de noche. Decía que se había hecho mayor, o que trasnochar ya no le gustaba como antes, pero la verdad era que por las noches no podía contar conmigo. Yo creo que era eso, aunque ella dijera que llevaba muchos años en el oficio como para no tener derecho a un horario de señoritas. También aseguraba que la clientela de por las tardes era más fácil de contentar, más educada, más rápida y más limpia.

A Mariafernanda le gustaba mucho ir a pasear por la Ciudadela: allí correteaba a su antojo con el único riesgo de ser atropellada por alguna bicicleta. Sin duda, eso era muy preferible a serlo por un coche o un autobús. También le gustaba chapotear en las riberas del estanque después de espantar a los patos, escarbar bajo los árboles o detenerse a olisquear los cuartos traseros de algún macho apuesto que se cruzara en nuestro camino. Sus favoritos eran los lanudos de orejas grandes, pero tampoco le hacía

ascos a los más atléticos de aspecto agresivo, no sé, dobermans, rottweilers, incluso dogos alemanes, que su ambición no reparaba en tamaños ni desproporciones... En fin, algunos —como el veterinario— consideraban que Mariafernanda tenía la manga muy ancha para las cuestiones amatorias, aunque eso fuera realmente extraño en una pequinesa —de natural tan altivas e intratables— pero, si vale de algo mi opinión, que para algo era quien más horas pasaba con ella, aún hoy, tantos años después, yo me pregunto qué esperaban de la pobrecita Mariafernanda, con el ejemplo que tenía en casa.

Algo parecido decía entonces mi madre refiriéndose a mí. Que Lulú era un mal ejemplo. Por eso me tenía terminantemente prohibido subir hasta su casa, y por eso nuestra vecina tenía que bajarme a su perra hasta el portal, y luego recorrer los cinco pisos en zapatillas y picardía o, si hacía mucho frío, en lo mismo pero debajo de una bata de boatiné, lo cual provocaba menos revuelo entre los vecinos (mi madre incluida), que siempre fingían velar por nosotros, los más jóvenes, cuando en realidad estaban corroidos por la envidia. No en vano Lulú era bonita, parecía mucho más joven de lo que confesaba, vivía sola, cantaba a todo pulmón, estaba abonada al Plus y unos muchachos fornidos le traían todos los meses la compra a casa. Demasiados argumentos a favor del resentimiento vecinal. La pobrecita Lulú vivía sin amigos, pero más feliz que una anchoa (esta expresión era de mi abuela: yo aún sigo sin verificar la felicidad de las anchoas).

A mí lo que más me gustaba de Lulú era verla tender la colada. Los alambres de su balcón daban a la ventana de nuestra cocina y, aunque mamá había colocado allí un visillo estratégico y horroroso, yo permanecí durante años atento a aquellas ristras de sujetadores de colores, bragas a las que siempre parecía faltarles mucha tela o prendas que hasta muy tarde no supe dónde se colocaban ni si servían para algo. Cuando no había ropa tendida me gustaba entrever los pocos secretos que la rendija del balcón ponía a mi alcance: el pico de una mesa, a veces cubierto por un mantel de flores; una silla con respaldo de barillas metálicas, o el abandono de un recogedor y una escoba, pero eso sólo los sábados por la mañana, cuando Lulú abría de par en par los ventanales para hacer limpieza, mientras de algún lugar de su casa llegaba la voz aguardentosa de alguien que cantaba muchas de las verdades que yo iba descubriendo.

Espero que de lo anterior haya podido deducirse que mi relación con Lulú era puramente mercantil. Mi interés se resumía a los honorarios que ella me pagaba por distraer a Mariafernanda. Nunca negociábamos el precio: me daba lo que ella consideraba oportuno y yo nunca rechistaba (porque era generosa). A cambio, yo debía estar siempre disponible, porque su trabajo podía aparecer sin avisar, previa llamada telefónica o directamente en el portal, tocando al timbre con la urgencia que dan las necesidades básicas insatisfechas. Yo sabía muy bien que nunca debía importunarla hasta que ella me avisara. Algunas veces se demoraba tanto que



GEMMA SALES.

tenía que regresar a mi casa con Mariafernanda y apañármelas para que mi madre no nos descubriera. La escondía en el armario (ella lo aceptaba con expresión resignada), de donde nunca podía sacarla antes de que todos se hubieran dormido. La pobrecita se acomodaba entre mis suéteres y esperaba a que la liberara demostrando una enorme paciencia. Entonces la dejaba cobijarse bajo las sábanas de mi cama y me dormía aspirando con fuerza el perfume de Lulú, tan fuertemente impregnado en

su pelaje. La acariciaba con suavidad y en la duermevela a veces me parecía estar acariciando a su dueña.

Aunque algunas veces nos salió mal. Una vez Mariafernanda tuvo que permanecer en el armario hasta que amaneció. Lo recuerdo muy bien, fue una de esas noches de jaqueca que mamá pasaba deambulando por el piso. Por la mañana desperté con punzadas en el corazón de tanto temer que pudiera entrar en mi cuarto antes de irse a trabajar. Mamá solía decir que detectaba a la legua el

olor a perra. No entró. En cuanto oí que cerraba la puerta corrí a rescatar a la pobrecita, que ya hasta parecía haberse acostumbrado al olor a naftalina y a la oscuridad. Aquella mañana, como tantas veces, me urgía presentarme de improviso en casa de Lulú. Cuando me preguntó si me corría prisa el dinero le dije que sí, que tenía ciertos gastos que debía afrontar. Se rió. Qué gastos puede tener un chaval de once años, preguntó. No me hizo gracia porque no supe si se estaba burlando de mí. Llevaba un panta-

loncito corto de color rosa y una camiseta de los Simpson. Me tendió un par de billetes dándome explicaciones: «Sin ti no hubiera tenido tan buena noche, ¿sabes?, casi ningún hombre soporta que un perro le olisque los calcetines».

Yo sostenía a Mariafernanda a la altura de mi primera erección. Me aterraba que Lulú pusiera en duda mi profesionalidad.

\* \* \*

Y así pasamos algunos años de paseos, erecciones y honorarios hasta que a Lulú, por fin, le funcionó su combinación mágica: cinco por el día que nació su hijo, diecisiete por los años que hacía, veintidós por su número de la calle, treinta y tres porque a su manera era muy creyente, cuarenta y dos por los años que confesaba (empezaba a aparentarlos) y cuarenta y nueve por los millones que le iban a tocar, aunque en realidad le tocaron muchos más. Con el futuro resuelto de la noche a la mañana, nuestra vecina tomó algunas decisiones importantes. Colgó un cartelito en la puerta, junto a su timbre, que decía: Lulú no vive aquí. Para apoyar su teoría, o para empezar a cambiar las cosas, sustituyó su nombre en el buzón por el de Señorita María Luisa Gutiérrez. Puso a la venta el piso, compró un pasaje de ida a algún lugar y me regaló a Mariafernanda.

Se marchó un seis de julio. Dijo que a Inglaterra, a vivir con su hijo, aunque en el barrio nadie la creyó. Excepto yo, claro, que ya estaba en Bachillerato y aún no había salido con ninguna chica, en el fondo, porque estaba seguro de que me iba a costar mucho encontrar una que se pareciera un poco a Lulú. Bueno, a María Luisa. Dejó su piso vacío y con las persianas echadas, aunque por poco tiempo. A los pocos días se instaló allí un tipo bigotudo que lo llenó todo de libros y se sentó en el rectángulo de sol que entraba por el balcón a palidecer frente a una Olivetti y pilas de papeles que iba pasando uno por uno, con flojera de país tropical a la hora de la siesta.

Durante algún tiempo, aún tuve noticias de Lulú. Todos los años por mi cumpleaños recibía una postal con matasellos de Cuenca en la que María Luisa



GEMMA SALES.

Gutiérrez aseguraba ser muy feliz en Silvertown junto a su hijo y su marido, un inglés liberal, comprensivo y guapísimo que siempre vestía de oscuro y la llamaba *milady* sin preguntarle por el pasa-

do. Mariafernanda olisqueaba la tarjeta con el desasosiego que da recuperar algo importante que perdiste alguna vez: aquel olor del despertar de todo que su antigua dueña llevaba consigo a todas partes.